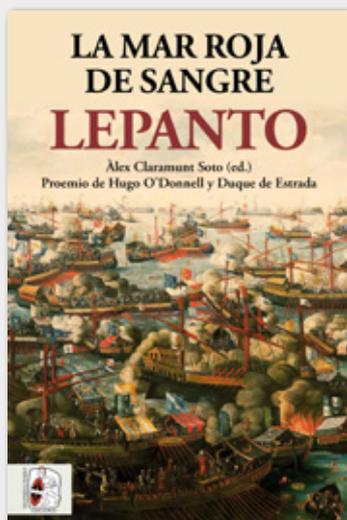


450 años de la batalla que cambió el Mediterráneo

Cuando se cumple el 450.º aniversario de Lepanto, una de las batallas más decisivas de la Historia Moderna europea, una obra recoge las firmas de diez reconocidos historiadores españoles, italianos, anglosajones y turcos para ofrecer, a partir de una visión integradora (que incorpora la imprescindible aunque frecuentemente ignorada óptica otomana) una perspectiva novedosa de «la más alta ocasión que vieron los siglos».



Lepanto.
La mar roja de sangre
978-84-122213-8-1
432 páginas (por determinar)
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 24,95 €

En el mediodía del 7 de octubre de 1571, la armada otomana chocó con la flota reunida por la Liga Santa –la Monarquía Hispánica, el Papado y Venecia– en una de las mayores batallas navales de toda la Historia: «la más alta ocasión que vieron los siglos», tal y como la apellidó otro soldado. En la balanza, el dominio sobre el Mediterráneo, fieramente ambicionado por una Sublime Puerta que deseaba resarcirse del revés de Malta, que acababa de arrebatar Chipre a Venecia y que no cejaba en su acoso sobre las costas italianas y españolas con el corso berberisco. Un dominio contestado sin tregua por la Monarquía Hispánica, en un enfrentamiento que, amén de geoestratégico, era confesional, entre islam y cristiandad, y entre los respectivos paladines de la fe verdadera, el islam suní de Selim II y el catolicismo de Felipe II. Lepanto. La mar roja de sangre aborda la historia de esta crucial batalla conjugando el trabajo de expertos de los distintos países que participaron en la liza –españoles, italianos y turcos–, a fin de ofrecer una perspectiva completa pero plural, que analiza la situación internacional y los prolegómenos que condujeron al choque, pero que también se detiene con detalle en los aspectos tácticos del combate de galeras en el Mediterráneo y en el desarrollo y pormenores de una batalla de cuyo desenlace, hace ahora cuatrocientos cincuenta años, pendió el destino de Europa.

Relación de autores de *Lepanto. La mar roja de sangre*:

Hugo O'Donnell y Duque de Estrada (Real Academia de la Historia) • Phillip Williams (Universidad de Shanghái)
Gennaro Varriale (Università di Napoli Federico II) • Miguel Ángel de Bunes Ibarra (CSIC)
İdris Bostan (Universidad de Estambul) • Agustín Ramón Rodríguez González (Real Academia de la Historia)
Guido Candiani (Universidad Cà Foscari de Venecia) • Àlex Claramunt Soto
Hüseyin Serdar Tabakoğlu (Kirkklareli Universit) • Lara Vilà (Universitat de Girona)

En librerías el miércoles 1 de septiembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



ENTREVISTA A LOS AUTORES

¿Por qué otro libro sobre Lepanto? Y ¿por qué ahora, en 2021?

Àlex Claramunt: Este año se cumple el 450 aniversario de esta importantísima batalla, y qué mejor ocasión para volver sobre ella desde una perspectiva novedosa. Lepanto fue un acontecimiento trascendental, una de esas batallas en las que confluyen miles de hombres de muy diversos orígenes y credos. En el imaginario cristiano occidental ha desempeñado desde el día después un papel cohesionador como revulsivo moral. En esta obra buscamos superar la barrera que ha predominado tradicionalmente en los estudios sobre la batalla, la nacional, para hacer justicia a ese carácter de batalla transnacional desde una perspectiva que integre los puntos de vista de todos los actores implicados.

El volumen es un trabajo colectivo, ¿qué ventajas tiene este formato?

Àlex Claramunt: La batalla de Lepanto y los acontecimientos que la rodearon son sumamente complejos e imbrican el estudio de la diplomacia y las relaciones internacionales, de la administración y el desarrollo del Estado moderno, de la tecnología naval y militar, de las artes y la literatura... Para hacer justicia a una cuestión tan diversa y trascendente cabe recurrir expertos en cada una de las cuestiones. Así, componemos un fresco de sabiduría colectiva merced a las aportaciones de autores de reconocido prestigio en sus respectivos campos.

¿Podría decirse que la batalla de Lepanto fue la “gran batalla” naval del siglo XVI? ¿Por qué?

Idris Bostan: Sin duda, la batalla de Lepanto no solo fue la mayor batalla naval de la historia del Mediterráneo en el siglo XVI, también de siglos venideros. Una batalla que debe examinarse en detalle y objetivamente desde las perspectivas de los vencedores y los vencidos en términos cualitativos y cuantitativos.

De las batallas navales que tuvieron lugar en el Mediterráneo, la única que se le acerca es Preveza (1538). Ambas son comparables en términos tecnológicos, tácticos, estratégicos, pérdidas en cuanto a naves y vidas y en cuanto a sus consecuencias. Sin embargo, y aquí está la paradoja, varios años después de Preveza la Armada otomana de Jeireddín Barbarroja campó por las costas de Francia y tomó Niza en 1543, y según las fuentes turcas una de sus flotas saqueó las costas de España sin apenas oposición y la Monarquía Hispánica fue incapaz de contratacar, dado que aún se estaba reponiendo de las pérdidas de Preveza. En cambio, aunque la Armada otomana resultó casi completamente destruida en Lepanto, al año siguiente era capaz de volver a surcar el Mediterráneo con incluso más barcos aún.

Puede argumentarse que Lepanto trajo una cierta paz al Mediterráneo, pero lo cierto es que los otomanos siguieron conquistando lugares estratégicos como Creta y otros emplazamientos costeros hasta el siglo XVIII. También trajeron un nuevo orden al Mediterráneo con la concesión de derechos comerciales a los países europeos (menos a España)

Óleo de la batalla de Lepanto en 1571, de H. Letter, s. XVI.



DOSIER DE PRENSA

DESPIERTA FERRO
EDICIONES

a través de *ahdnames* (capitulaciones), Las condiciones y regulaciones de esta práctica deberían ser también investigados.

La cuestión del nombre... ¿Se ha conocido siempre esta batalla como “batalla de Lepanto? ¿También desde la perspectiva turca?

Àlex Claramunt: La denominación de batalla de Lepanto aparece ya en 1572 en la *Relación de la guerra de Cipro, y suceso de la batalla Naval de Lepanto*, de Fernando de Herrera, si bien al principio lo habitual era referirse a Lepanto como “la victoria naval” o “la naval”, mientras que, en el bando otomano, los cronistas de la época emplearon expresiones como “la batalla de la armada derrotada”. Desde el siglo XVIII, Lepanto se impone como la denominación canónica, aunque la batalla no se libró exactamente en este puerto, sino más bien en punta Scrofa, cerca de las islas Equinadas.

Desde la perspectiva occidental, la batalla que denominamos “de Lepanto” marca un hito indeleble en nuestra tradición historiográfica y en nuestro imaginario colectivo, ¿ocurre esto mismo en la historiografía y cultura turcas?

Idris Bostan: La percepción otomana de Lepanto puede examinarse en dos tipos significativos de fuentes otomanas. El primero serían las decisiones y valoraciones del Consejo Imperial, autoridad suprema del

Imperio otomano encabezado por el gran visir en nombre del sultán. El segundo serían las evaluaciones escritas en las crónicas contemporáneas a la batalla por los historiadores otomanos contemporáneos por medio de fuentes formales e informales.

Ni las fuentes archivísticas ni las crónicas otomanas se refieren a esta batalla con el nombre de “Lepanto”. En cambio, se refieren a ella como “la armada derrotada” (singin donanma). Incluso historiadores otomanos tardíos como Naima (m. 1716) y Cevdet Pachá (m. 1895) no usan el nombre de Lepanto.

Los historiadores del siglo XVI hacen mención a la debilidad moral y religiosa, al exceso de confianza y a la incapacidad en cuestiones marítimas como razones de la derrota. Incluso cuentan que el sultán Selim II invitó al naquib al-Ashraf (cabeza de los descendientes del Profeta), con quien compartió su pesar. También escriben sobre la extrema tenacidad de los estadistas otomanos que se entregaron en cuerpo y alma a la construcción de una nueva flota con la que vengarse de la derrota. Los almirantes Müezzinzâde Alí Pachá y Pertev Pachá son, en cambio, el principal blanco de las críticas de los historiadores, que incluso narran cómo Pertev Pachá, sumido en la vergüenza, regresó a Estambul de incógnito.

La historiografía reciente, por otro lado, prefiere centrarse en la historia de las victorias, por lo que la investigación sobre Lepanto es tan limitada en Turquía como la de Preveza lo es en Europa. No es un enfoque apropiado; en mi opinión, la batalla de Lepanto es un acontecimiento histórico de enorme entidad y merece ser investigado a partir de la información procedente de ambos bandos.

La batalla de Lepanto ha pasado al imaginario colectivo como un enfrentamiento casi personal entre el Imperio otomano y la Monarquía Hispánica, ¿cuánto de verdad hay en esto?

Miguel Ángel de Bunes Ibarra: La batalla de Lepanto, al igual que otras acciones bélicas del Mediterráneo del siglo XVI, ha sido descrita con perspectivas esencialmente nacionalistas, por lo que dependiendo de la procedencia de las fuentes de información que consultemos tendremos visiones completamente diferentes. En Venecia se consideró que la victoria es una consecuencia de los esfuerzos de la Señoría, el miembro de la Liga que aporta más galeras y galeazas, desde Roma se atribuye al empeño personal del pontífice Pío V, además de ponderarse su generosidad económica y su capacidad de unificar a los príncipes cristianos en una empresa común para la

Don Juan de Austria (ca. 1575), obra anónima. Hijo natural del emperador Carlos V con una burguesa de Ratisbona, Bárbara Blomberg, don Juan fue reconocido por su padre y recibió una esmerada educación, de ahí que se convirtiese en un importante activo para su hermano Felipe II, quien le encomendó la supresión de la rebelión morisca de Las Alpujarras y el mando de la armada de la Liga Santa. Más tarde sería gobernador de los Países Bajos, donde moriría en 1578.



DOSIER DE PRENSA



Retrato de Selim II (1524-1574), sultán del Imperio otomano (entre 1570 y 1590), miniatura anónima. Amante de las artes y los placeres de la vida, Selim II, a diferencia de su progenitor Solimán el Magnífico, sultán guerrero y conquistador, llevó una vida cortesana rodeado de poetas, músicos y concubinas mientras sus hombres de confianza gobernaban el Imperio, de ahí la leyenda infundada de que fue el vino chipriota lo que motivó su decisión de conquistar la ambicionada isla.

cos asentados en Argel que desean conquistar también el reino de Túnez. El rey español sacrifica sus intereses personales, consistentes en acabar el curso berberisco del Magreb, para defender a la asediada República de Venecia por el gran visir de Selim II, Sokollu Mehmet Bajá, lo que demuestra la asunción del ideal de la defensa del bando cristiano ante la expansión otomana.

Ante la importancia de la batalla, otros ámbitos adyacentes pueden quedar en un segundo plano, como fueron los entresijos diplomáticos previos. ¿Qué importancia tuvo la negociación de la Liga Santa en la historia de la diplomacia europea?

Gennaro Varriale: La negociación de la Liga Santa tuvo un papel fundamental en la historia de la diplomacia europea ya que en ella participaron diferentes actores hasta entonces muy desconfiados entre sí, especialmente la Monarquía Hispánica y la República de Venecia. Además, cabe destacar que la negociación tuvo que superar los recelos nacidos tras el fracaso de la anterior Liga Santa. Por último, un aspecto innovador fue el léxico empleado para alcanzar el acuerdo (por todos los pormenores véase mi capítulo).

¿Tuvo una especial relevancia el hecho de que la campaña tuviera, por parte cristiana, el carácter de cruzada? ¿Podría decirse que la unión de las potencias cristianas que intervinieron en Lepanto protagonizó la última “gran cruzada” de la cristiandad?

Gennaro Varriale: En primer lugar, hay que subrayar que el concepto de cruzada era más bien una herramienta retórica que sirvió para aunar el bando, particularmente por parte del papa. De facto, las cruzadas de la Edad Media tenían objetivos muy diferentes de la alianza de 1570: ante todo, la conquista de Tierra Santa, que nunca se contempló en la negociación de la Liga Santa. En definitiva, la llamada a la cruzada fue parte de la propaganda. Por tanto, es un anacronismo la definición de Lepanto como “gran cruzada”.

En esta nueva publicación se ofrecen novedosas interpretaciones sobre numerosas cuestiones, siendo una de ellas el cambio drástico que hubiera significado la victoria naval otomana. ¿Cuán drástico hubiera sido el cambio en el mundo mediterráneo?

Miguel Ángel de Bunes Ibarra: Aunque acertar al realizar diacronías históricas es casi imposible, Lepanto logra parar la política agresiva diseñada por Sokollu Mehmet Bajá. Este hombre, que accede al po-

defensa de la Iglesia y en Génova se difundió la idea de que la participación de Juan Andrea Doria resultó absolutamente crucial para el triunfo.

El enorme éxito logrado el 7 de octubre de 1571 supone acabar con el predominio del Imperio otomano en el mediterráneo logrado por Hayreddin Barbarroja en la batalla de La Preveza (1538), y desata interpretaciones triunfalistas de lo sucedido, además de que silencia tensiones y divergencias que estuvieron presentes hasta que se entra en combate. La participación de Felipe II en la Liga Santa explica la propia realización de la empresa, ya que era imprescindible su aporte económico (paga la mitad de los costes de toda la expedición) y la supremacía militar (en especial en los contingentes de infantería) para poder realizarla, además de las naves que moviliza y costea. Ello es la razón que se arrogara con la dirección del cuerpo expedicionario, asignándosele a su hermano Juan de Austria, lo que acrecienta la idea de que encabeza y personaliza el enfrentamiento con la Sublime Puerta, sobre todo si utilizamos fuentes históricas y literarias españolas, como pueden ser las referencias a la batalla que realiza el propio Miguel de Cervantes. En estos años Felipe II desea hacer una política defensiva en el Mediterráneo que fije las fronteras en el mar, resultado que se logra en Lepanto, pero sin expansionarse en este espacio, salvo para la expulsión de los corsarios berberis-



Sebastiano Veniero (poco después de 1571) de Tintoretto. Hombre robusto y de carácter muy fogoso a pesar de su avanzada edad, Veniero fue abogado en su juventud antes de entrar en la carrera funcional, que lo llevó a recorrer todo el escalafón hasta llegar a dogo en 1577. Relegado por don Juan a causa de la ejecución de un capitán italiano del ejército hispánico, Veniero no perdió la ocasión de abatir en la batalla a numerosos turcos con su ballesta.

der en la época de Solimán el Magnífico II cuando se está realizando el Gran Asedio a Malta de 1565, y ante la incapacidad y el desinterés absoluto del nuevo sultán, Selim II, mantiene una enorme presión ante sus adversarios cristianos y musulmanes, lo que explica que durante su mandato el Imperio otomano adquiera su máximo dominio territorial. El gran visir había logrado firmar una paz estable con el emperador Maximiliano II en la frontera del Danubio, por lo que pudo declarar la guerra y expulsar a los venecianos de la isla de Chipre en 1571, aprovechando que Felipe II estaba combatiendo a los moriscos sublevados en las Alpujarras. Si hubiera logrado la victoria en la “gran batalla naval” habría alcanzado la supremacía marítima en el Mediterráneo y el Adriático, posibilitando que se continuara expandiendo por el mar, comprometiendo la estabilidad de los países ribereños, además de incrementar aún más la importancia de los navegantes argelinos comandados por Euldj Alí, el Uchalí cervantino. La batalla de Lepanto es una empresa muy arriesgada ya que los dos contendientes exponen casi íntegramente todos sus efectivos marítimos, por lo que una derrota como la que ocurrió dejaba completamente expuesta sus posesiones a un ataque del adversario. El Imperio otomano logró en unos pocos meses reconstruir íntegramente flota, al contar en 1572 con 150 galeras, 8 galeazas y 250 navíos de apoyo, bajo las órdenes de Kiliç Alí Bajá, pero este esfuerzo era casi

imposible que pudiera ser realizado por las diferentes contendientes que formaron la Santa Liga. La victoria de don Juan de Austria liberó a los cristianos del pesimismo y del fatalismo que rodeaba la mayor parte de los enfrentamientos directos con los ejércitos del Sultán, aunque no fue aprovechada militarmente por la desunión de los diferentes coaligados, la muerte de Pío V, el miedo de Venecia a perder íntegramente el resto de sus posesiones en el Adriático y Creta y la discrepancia entre sus integrantes por los objetivos que se deberían atacar en los años sucesivos. Estos factores que limitaron las consecuencias de la victoria cristiana eran impensables en la política de Estambul, como muestra que su nueva flota, aunque contando con tripulaciones escasas y mal preparadas, lograra seguir dominando por completo la parte oriental del mar. El Mediterráneo, tanto el Oriental como el Occidental, hubiera quedado a merced de los designios del *Diwan* estambuliota, perfecto conocedor de las enormes dimensiones que existían entre sus antagonistas, lo que hubiera sido aprovechado para ampliar su dominio de este espacio. Islas como Malta, uno de los grandes objetivos militares de los sultanes, hubieran pasado a manos turcas, extinguiendo un curso cristiano que se intensificará en los primeros años del siglo XVII atacando el *beylik* del Archipiélago (Negroponte-Euba), lo que hubiera extendido una guerra marítima a los estrechos italianos hasta lograr que esta parte del mar se hubiera convertido en un lago turco.

En cuanto a las cuestiones tácticas de la batalla, el volumen aborda un pormenorizado desarrollo del enfrentamiento en “cuernos” y centro... ¿Qué ventajas tiene abordar la batalla de esta forma?

Àlex Claramunt: La batalla fue sumamente compleja en su desarrollo. El frente abarcó varios kilómetros, por lo que sucedieron muchas cosas al mismo tiempo, y ello supone un hándicap importante para una narración íntegra de la acción. Las zonas de combate pueden dividirse con claridad en derecha, izquierda y centro, por lo que hemos optado por presentar tres narrativas distintas, una sobre cada sector, en aras de proporcionar un relato lo más preciso y coherente posible sobre lo que acaeció en cada sector. Hay puntos de contacto, por supuesto, pero, en suma, este enfoque es el que más claro resulta para que el lector llegue a hacerse una imagen nítida del desarrollo de la acción.

LEPANTO. LA MAR ROJA DE SANGRE

En pocas palabras

En el 450 aniversario de una de las mayores y más célebres batallas navales de la historia, que aun hoy está presente en el imaginario colectivo, Desperta Ferro Ediciones aborda su estudio desde una perspectiva novedosa y multinacional que busca desvanecer mitos y presentar la exposición más prolija hasta la fecha sobre los avatares que rodearon “la más alta ocasión que vieron los siglos”.

El contexto histórico

Miguel de Cervantes, destacado como infante en la galera Marquesa de Nápoles, calificó la batalla de Lepanto como “la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros”. Las grandes potencias navales del Mediterráneo, España, Venecia y el Imperio otomano, midieron sus fuerzas en la mayor batalla naval librada jamás en el Mare Nostrum. En Lepanto, que evoca al Accio de la Antigüedad clásica en los versos de los poetas del mundo cristiano, tocó a su fin el mito de la invencibilidad otomana. Las galeras de la flota de don Juan de Austria demostraron que el turco, azote de los reinos cristianos europeos desde hacía más de un siglo, podía ser frenado no solo en tierra, como probó el desenlace del sitio de Malta de 1565, sino también en el mar. Incluso la Europa protestante, aunque muy a regañadientes, se vio obligada a celebrar un triunfo con inmortalizaron los pinceles de los más grandes artistas de la época, desde Tiziano hasta Veronese.

Lepanto fue fruto de un cúmulo de casualidades. Tras la derrota de Los Gelves (1560), Felipe II de España adoptó una estrategia defensiva que pasaba por no arriesgar en combate las naves que tantos esfuerzos costó construir, armas y equipar, en tanto que la comercial Venecia, que dependía de las buenas relaciones con el turco para seguir ejerciendo de puerta de entrada a Europa de las riquezas de Oriente, no deseaba comprometer sus ricas posesiones de Oriente, que se extendían desde Dalmacia hasta Chipre, pasando por Creta y las islas Jónicas. La chispa que hizo estallar el polvorín fueron los ataques de los caballeros de San Juan, con base en Malta, sobre el tráfico musulmán en el Mediterráneo oriental. El sultán Selim II, hijo del gran Solimán el Magnífico, decidió emprender la conquista de Chipre para demostrar quien dominaba las aguas del Mare Nostrum.

Venecia, incapaz de hacer frente al poder otomano en solitario, pidió auxilio al mundo católico. El

papa Pío V, impulsor de la Contrarreforma, invocó la formación de una Liga Santa para hacer frente al turco. Tras arduas, complejas y largas negociaciones, España, Venecia, el papado, Saboya, Génova, la Orden de San Juan y varios estados menores italianos sellaron su alianza con el fin de organizar una armada para socorrer Chipre, donde, en la fortaleza de Famagusta, resistía una guarnición veneciana. Cuando la armada cristiana, formada por más de 200 galeras con 50 000 hombres a bordo, zarpó del puerto de Mesina, Famagusta ya había caído. Era ya el mes de septiembre; se aproximaba la época en que el Mediterráneo revestía condiciones climáticas adversas para la navegación a remo y, sin embargo, tanto la armada cristiana como la otomana, que había zarpado de Constantinopla al mando de Muezzinzâde Alí Pachá, estaban deseosas de medir sus fuerzas. Jamás antes se había reunido escuadras tan poderosas, con tantos nobles, caballeros y guerreros entregados a la religión.

El choque se produjo cerca del puerto de Lepanto, en aguas del golfo de Patras, que la armada otomana había escogido como base. Más de cuatrocientos barcos con cien mil hombres a bordo se concentraron en un espacio de pocos kilómetros de extensión y se desató un infierno que describen con viveza los relatos de los participantes: “parecía que la mar y el fuego fuese todo uno”. Los venecianos del flanco izquierdo cristiano frustraron la maniobra envolvente del ala derecha otomana, en tanto que el temible corsario Uluj Alí puso en graves apuros al ala derecha cristiana al mando del genovés Doria. La batalla se decidió en el centro, en el combate singular entre la Real de don Juan de Austria y la Sultana de Alí Pachá. Muerto el almirante otomano y capturado su estandarte, la armada de la Liga Santa se alzó con un triunfo completo.

A la postre, en realidad, Lepanto no fue el fin del poder naval otomano. Los turcos, cuyo imperio se extendía desde las llanuras de Hungría hasta los desiertos de Yemen y desde Argelia hasta Mesopotamia, pusieron todos sus recursos sobre la mesa para reconstruir su armada, que, al año siguiente, pudo hacerse de nuevo a la mar. A la postre, Venecia firmó la paz por separado, mientras que el conflicto entre España y la Sublime puerta languideció. Los dos imperios tenían problemas más acuciantes que resolver. Lepanto, aun así, resonaría con furor durante siglos: “la más alta ocasión” para el mundo cristiano, que celebró con pompa su centenario desde México hasta Roma; “la batalla de la armada derrotada” para los otomanos, que no olvidarían las lecciones aprendidas.

ÍNDICE

Proemio

Hugo O'Donnell y Duque de Estrada

- 1 **LA GUERRA EN EL MEDITERRÁNEO DURANTE EL SIGLO XVI**
Phillip Williams
 - 2 **LA BATALLA DE LAS FIRMAS: LA NEGOCIACIÓN DE LA LIGA SANTA**
Gennaro Varriale
 - 3 **REUNIÓN EN MESINA. ORGANIZACIÓN, LOGÍSTICA Y PLANES DE LA LIGA SANTA**
Miguel Ángel de Bunes Ibarra
 - 4 **LA ARMADA OTOMANA: DE LA CONQUISTA DE CHIPRE A LA BATALLA DE LEPANTO**
İdris Bostan
 - 5 **LA LUCHA EN EL CENTRO: DON JUAN CONTRA ALÍ PACHÁ**
Agustín Ramón Rodríguez González
 - 6 **LA LUCHA EN EL CUERNO IZQUIERDO: BARBARIGO Y QUERINI CONTRA ŞULUK MEHMED PACHÁ**
Guido Candiani
 - 7 **LA LUCHA EN EL CUERNO DERECHO: GIAN ANDREA DORIA CONTRA ULUJ ALÍ**
Àlex Claramunt Soto
 - 8 **LA RECONSTRUCCIÓN DE LA ARMADA OTOMANA**
İdris Bostan
 - 9 **REPERCUSIONES Y CONSECUENCIAS DE LA BATALLA DE LEPANTO**
Hüseyin Serdar Tabakoğlu
 - 10 **«EL SANGRIENTO DESTROZO Y CRUDAS MUERTES». GLORIA Y MISERIA EN LA POESÍA DE LEPANTO**
Lara Vilà
- Apéndice
Glosario
Bibliografía
Relación de autores
Índice analítico

UNA PERSPECTIVA AMPLIA DE LA MAYOR BATALLA NAVAL DEL SIGLO XVI

Este libro propone una aproximación coral a la batalla de Lepanto y los acontecimientos que la rodearon, con autores españoles, turcos, italianos y anglosajones de reconocido prestigio. El primer capítulo sitúa la batalla en su contexto militar, marcado por el enfrentamiento entre potencias navales que fundaban su poder en grandes escuadras de naves de remo, las galeras, y en redes de fortalezas costeras que vertebraban a muy distintos grupos humanos. España, Venecia y el Imperio otomano, como demuestra Phillip Williams, autor de este capítulo, fueron verdaderas talasocracias

transnacionales que emplearon el poder naval de forma calculada y puntual. Las grandes batallas, como Lepanto y Prëveza, fueron excepciones a la regla. No cabe perder de vista, asimismo, el papel que jugó la religión en el enfrentamiento. El Rey Católico de España y el sultán otomano, califa del islam suní, representaban la quintaesencia de mundos enfrentados y, si bien su pragmatismo los llevó a rehuir el enfrentamiento directo por norma general, la actuación de elementos periféricos como los caballeros de San Juan y los corsarios berberiscos fue crucial a la hora de precipitar el enfrentamiento.

DOSIER DE PRENSA



La batalla de Lepanto, de Giorgio Vasari, Sala Regia del Vaticano. Este fragmento de un fresco que adorna la sala destinada a recibir a los monarcas europeos y a sus embajadores muestra la flota de la Liga Santa trabada en combate con la otomana. En primer plano, a la izquierda, aparece la religión, identificada por la cruz y un cáliz con la ostia, a la que un ángel corona con los laureles de la victoria. Arriba, en las nubes, observamos a Cristo al frente del ejército celestial, que apoya a sus fieles en la lid.

Preparativos de guerra

El segundo capítulo presenta la situación geopolítica del momento inmediatamente previo a la batalla y el arduo proceso de negociación para la formación de la Liga Santa. Tanto España como el Imperio otomano debían hacer frente a múltiples frentes. Los ojos estaban puestos en los Países Bajos y la llanura húngara, así como en Francia e Inglaterra, por un lado, y en Persia y Moscovia por el otro. Las circunstancias motivaron la decisión otomana de atacar Chipre, lo que activó de inmediato el aparato diplomático de la Serenísima. Comenzó entonces un complejo proceso de negociación, que constituye el epicentro de este capítulo escrito por Gennaro Varriale, y que involucró a las más altas instancias políticas y religiosas de Madrid, Roma, Venecia, Nápoles y Mesina. Como concluiría el embajador veneciano Marcantonio Barbaro: “se puede decir que negociar es semejante a jugar con una bola de cristal”.

Sigue una exposición de la formación de la armada de la Liga Santa y de la discusión de los planes de batalla cristianos a cargo de Miguel Ángel de Bunes Ibarra. Reunir en Mesina las naves, tropas y pertrechos necesarios para la campaña constituyó una proeza, pues no solo las disputas entre españoles, pontificios y venecianos estuvieron a la orden del día, sino que cada virrey procuraba acaparar hombres y recursos para sí. Tampoco resultó fácil armonizar la toma de decisiones en la cúpula militar de la Liga Santa, integrada por el joven don Juan de Austria, ávido de gloria, el anciano, pero fogoso veneciano Sebastiano Veniero, protagonista de varios incidentes que motivaron su desplazamiento de la cúpula, y el conciliador Marcantonio Colonna por parte pontificia. A la postre, se constituyó en el puerto siciliano una armada multinacional, integrada por naves españolas, venecianas, napolitanas, sicilianas, genovesas, pontificias, maltesas, saboyanas y toscanas, tripuladas por españoles, italianos y varios miles de mercenarios alemanes, que se hizo a la mar con la clara intención de encontrar a la otomana y combatirla.

El cuarto capítulo, a cargo de İdris Bostan, aporta una novedosa perspectiva en la medida en que aborda los preparativos y planes otomanos desde las vísperas de la conquista de Chipre hasta la batalla de Lepanto. En estas páginas queda de manifiesto la gran capacidad logística y administrativa del Imperio otomano, capaz de organizar grandes armadas, dotadas con miles de combatientes, en escasos meses, todo ello



sin descuidar la defensa de las regiones expuestas a los ataques venecianos mientras se desarrollaba la campaña de Chipre, es decir, la costa del Adriático y las islas del Egeo. De especial interés resultan las páginas dedicadas a las decisiones tomadas en el seno de la armada otomana anclada en Lepanto en las semanas inmediatas a la batalla, pues demuestran que la desmovilización turca había comenzado ya y que, por ende, la armada del sultán se hizo a la mar de forma precipitada y sin los preparativos óptimos, lo que contribuyó a su derrota. También conocemos en estas páginas la formación del alto mando otomano y los caracteres de sus comandantes, en los que contrasta el arrojo irreflexivo de Müezzinzâde Alí Pachá con la prudencia de Uluj Alí.

El día de la contienda

La batalla propiamente dicha se desglosa en los tres capítulos siguientes. El primero, a cargo de Agustín Ramón Rodríguez González, sigue el desarrollo del combate en el centro, en especial en torno a las dos galeras capitanas, que, apoyadas por otras naves, se enzarzaron en una melé en la que los soldados saltaban de una galera a otra para reforzar a las de don Juan y Alí Pachá. El autor expone las ventajas que inclinaron la victoria del lado cristiano, en especial su óptimo uso de la artillería, para el cual se serraron los espolones de las naves, y la numerosa infantería embarcada y equipada con armas de fuego como arcabuces y mosquetes. No faltan jugosas anécdotas, como la de una mujer, María la Bailadora, que combatió disfrazada de hombre.

En el siguiente capítulo, escrito por Guido Candiani, se aborda la batalla entre el ala izquierda cristiana y la derecha otomana, las más cercanas a la costa. Antes, empero, el autor expone el funcionamiento y la organización de la tercera gran armada en liza, la veneciana, que aportó seis galeazas al combate, cuya estructura, equipo y funciones son descritas al detalle. Queda patente de nuevo, en estas páginas, la importancia de la artillería en el triunfo cristiano, aunque no por ello las audaces maniobras de Suluk Mehmed Pachá, comandante de la derecha otomana, dejaron de poner en aprietos a los buques venecianos, cuyo general, el superintendente Agostino Barbarigo, pereció de un flechazo.

El séptimo capítulo, obra de Àlex Claramunt, coordinador del volumen, se centra en el choque entre el ala derecha cristiana, al mando del genovés Gian Andrea Doria, y la izquierda otomana, dirigida por Uluj Alí. En este sector la armada de la Liga sufrió graves pérdidas debido a una audaz maniobra del general turco, que logró escurrirse con parte de sus galeras entre la derecha y el centro cristianos. La virulencia de los combates queda de manifiesto en los casos particulares descritos, como el de la capitana de Malta, que perdió a casi toda su tripulación, o el castigo que padecieron las naves de la escuadra de descubierta de Juan de Cardona, tan cuajadas de saetas que parecían puercoespines. Al final, sin embargo, la intervención de las naves victoriosas del centro y la izquierda cristiana decantaron la balanza y obligaron a Uluj Alí a huir a fuerza de boga.

Consecuencias y ecos de Lepanto

El octavo capítulo, escrito por İdris Bostan, describe con suma minuciosidad el impacto que la derrota provocó en la corte otomana y la reconstrucción de la armada turca. De nuevo, queda patente la inmensa capacidad organizativa de la Sublime Puerta. Tal y como el gran visir comunicó a Uluj Alí, elevado al rango de comandante supremo de la armada: “es un Estado tal que, si lo quiere, tiene el poder de hacer las anclas de plata, los amarres de seda y las velas de raso”. Amén del proceso de obtención de materiales y suministros, y de las labores de construcción de los buques, entre los que destacan versiones otomanas de las galeazas empleadas en Lepanto por los venecianos, el capítulo detalla las medidas tomadas en Constantinopla para la defensa de las costas, expuestas en el ínterin a las incursiones cristianas.

El noveno capítulo, obra de Hüseyin Serdar Tabakoğlu, se adentra en los sucesos posteriores a la batalla de Lepanto. Al contrario que los otomanos, que cuya estrategia se caracterizó por su determinación, la Liga Santa tuvo dificultades para presentar un

frente unido y fue precisa la intervención papal para conciliar los ánimos. En 1572, la armada se hizo de nuevo a la vela desde Mesina con la ambiciosa idea de atacar la capital otomana y destruir sus defensas e infraestructuras marítimas, tras lo cual navegaría de vuelta al Peloponeso para animar a los griegos a la rebelión. Nada de esto sucedió, pues la armada otomana había sido reconstruida y solo se produjeron algunas escaramuzas. Al año siguiente, la alianza cristiana se deshizo. Venecia firmó la paz y España volcó sus recursos en la conquista de Túnez, que no pudo defender, al año siguiente, ante un potente contraataque otomano. Fue el último gran enfrentamiento entre ambos imperios, pues la reanudación de la Guerra de Flandes y el estallido de un conflicto con Persia absorbieron toda la atención de ambos contendientes.

El capítulo final, a cargo de Lara Vilà, presenta los ecos de la victoria cristiana de Lepanto en la literatura y la poesía. En estas páginas, que recorrer las crónicas y narrativas épicas elaboradas por testigos de la batalla o literatos apasionados, la autora expone los pilares ideológicos que cimentaron la percepción de Lepanto en el mundo hispanohablante. Al igual que Accio en la Antigüedad, Lepanto aparece como el parangón de la lucha entre Occidente y Oriente, o la cristiandad y el islam, por el dominio del mundo. No en vano, la de Lepanto es, junto con la de San Quintín, una de las batallas con la que Alonso de Ercilla trufa *La Araucana*. Ello no es óbice, sin embargo, para que aparezcan en estas obras visiones más compasivas y humanas hacia el vencido. En definitiva, los poetas hicieron de la batalla naval un símbolo ambivalente, epítome de la gloria bélica y literaria y del dolor por la pérdida y la desesperanza.

A tener en cuenta

- Lo más destacado: Por primera vez, una obra sobre Lepanto recoge la perspectiva otomana merced a una exhaustiva investigación en los Archivos Estatales Otomanos que permite conocer los preparativos, la estrategia y los objetivos del bando vencido.
- Lo más 360º: La investigación se aleja de las historiografías nacionales y nacionalistas para presentar la batalla como lo que fue realmente: un choque de potencias multinacionales que implicó a hombres de todo el mundo Mediterráneo y más allá.
- Lo más polémico: ¿Fue Lepanto una ocasión perdida para la Cristiandad? Esta es una de las cuestiones que se aborda en el análisis de las consecuencias de la batalla y la conclusión del conflicto.

CAPÍTULO 1

LA GUERRA EN EL MEDITERRÁNEO DURANTE EL SIGLO XVI

PHILLIP WILLIAMS

Una tendencia reciente de la historiografía bélica es subrayar la dimensión operacional de la lucha, la «geografía estratégica» de la guerra: estudiosos como Lorraine White y Guy Rowlands han demostrado cómo los ríos, las carreteras o la lluvia han conformado las contiendas tanto como los armamentos, las fortificaciones o las tácticas. Este enfoque suele restar fuerza a la idea de que hubo una «revolución militar» en el siglo XVI, al argumento de que las armas de fuego transformaron el arte de la guerra, hicieron al Estado (en esencia, al gobierno central) mucho más potente e incrementaron su autoridad respecto a la situación anterior. Frente a esto, se hace hincapié en los factores operacionales (la logística y las conexiones de transporte; las carreteras y la arquitectura portuaria; la lluvia y los cursos fluviales; los pastos y los tipos de suelos), las obligaciones contractuales y «el negocio

de la guerra». Las ambiciones de los cristianos estaban conformadas –y muy limitadas– por el doble uso de las escuadras de remo, por su función de conexión de España con Italia, o de Venecia con su imperio marítimo –el *stato da mar*– en el mar Jónico, en el Egeo y en Levante. Los comandantes a las órdenes de Madrid y de Venecia advirtieron en repetidas ocasiones a sus superiores sobre la posibilidad de que la pérdida de sus armadas condujese a la renuncia forzosa de sus dominios en ultramar. En julio de 1528, en la dramática cúspide de las guerras entre los Habsburgo y los Valois por Nápoles, lo que preservó este reino para Carlos V fue la decisión de Andrea Doria, contratista genovés, de ponerse de su lado y abandonar a Francisco I de Francia (1515-1547) y sus ambiciones en la Italia meridional. Las galeras de Doria, que operaban sobre todo como transportes de tropas y suministros,

Una galera berberisca (1684). Grabado de Jan Luyken (1649-1712). Rijksmuseum, Ámsterdam.



resultaron decisivas en una campaña mediatizada por el abastecimiento y las comunicaciones de los ejércitos y marcada por el rápido colapso sanitario del ejército francés. En aquel momento, Doria y sus capitanes validaron la máxima de que quien controle el mar será dueño de la tierra. Estos contratistas (asentistas o *condottieri*) genoveses comandaban embarcaciones anfibia que operaban con unidades de infantería de marina (tercios de armada) y ofrecían a Carlos V y a sus estrategas una gama de capacidades combinables: no solo luchar contra otros buques, darles caza o bombardear posiciones costeras, sino también navegar a vela, o a remo en los periodos de ausencia de viento (las calmarías) del verano. Los buques de remo eran muy efectivos, y a menudo decisivos, en un teatro de operaciones caracterizado por los imperativos logísticos (en el que con frecuencia resultaba muy difícil proveer de comida y bebida a las tropas) y por unos condicionamientos geográficos que complicaban el uso del mar para el abastecimiento de las fuerzas de tierra.

Los Habsburgo españoles no olvidarían la lección aprendida en 1528, justo en el momento más cercano al eclipse. Si Carlos V y sus sucesores querían conservar su transnacional monarquía cristiana, necesitaban galeras para comunicar España con Italia. Las escuadras de remo funcionaban como un puente entre Cádiz y Sevilla y los grandes enclaves militares de Nápoles, Milán y (por extensión) Flandes. Para Venecia, la preservación de sus líneas de comunicación con Cefalonia, Zante, Corfú, Chipre (hasta 1571) y Creta (hasta 1645) era igual de importante. Estas islas eran cruciales desde el punto de vista militar (actuaban como diques que impedían la expansión otomana) y por cuestiones de prestigio (Chipre era una corona real, que había sido conquistada, en circunstancias extraordinarias, por el cruzado Ricardo Corazón de León en 1191), así como puestos avanzados que protegían el lucrativo comer-

cio marítimo de la Serenísima en Levante. La república genovesa también dependía de las comunicaciones marítimas: por mar fluían hacia ella provisiones, materias primas, mercancías y plata desde España, Nápoles, Sicilia y el norte de África. Por esta razón, Génova también se sirvió fundamentalmente de buques de guerra de remo durante los siglos XVI y XVII.

Las galeras eran vitales para los gobernantes de Madrid, Constantinopla, Venecia y Génova, pero no solo porque patrullaban las rutas marítimas y protegían las costas, sino también porque eran capaces de transportar a dignatarios, transmitir comunicaciones y transbordar unidades militares y abastecimientos a través del mar sin olas ni viento en el verano. Era necesario proteger a los barcos de alto bordo de los ataques y –lo de verdad crucial– de sus propias carencias y limitaciones: los galeones, las carracas y los cargueros con frecuencia eran remolcados para entrar o salir de los puertos, y había que tirar de ellos en los periodos de calma del verano. De hecho, los buques sin remos solían ser remolcados hasta una distancia considerable de los puertos para prevenir el riesgo de que los vientos o ráfagas desfavorables los empujaran a la costa. El impacto de las novedades tecnológicas relacionadas con la navegación que surgieron en el *cinquecento* ha llegado a exagerarse hasta extremos ridículos. Las ventajas que las nuevas velas latinas (de forma triangular) ofrecían a los barcos se veían gravemente cercenadas en la realidad por falta de suficiente marinería: las tripulaciones casi nunca tenían el número de hombres necesario para manejar estos nuevos diseños de velas y mástiles. La galera mediterránea conservaba numerosas ventajas tácticas frente a los galeones, las carracas, los *bertoni* y otros tipos de buques de alto bordo. Además, el valor simbólico de las galeras como materializaciones del prestigio y el poder de sus príncipes también era un factor significativo a su favor.

Vista de Barcelona desde el mar con sus atarazanas (1563). Ilustración a color de Anton van den Wyngaerde (1512/1525-1571). Ashmolean Museum, Oxford.



CAPÍTULO 2

LA BATALLA DE LAS FIRMAS: LA NEGOCIACIÓN DE LA LIGA SANTA

GENNARO VARRIALE

La batalla de Lepanto tuvo un significado esencial ya en los días inmediatamente sucesivos. Todos los miembros de la Liga Santa no despreciaron ninguna oportunidad para homenajear la victoria, así que hubo conmemoraciones públicas en las calles de Roma, de Venecia, de Génova y de todas las posesiones hispánicas. Radiante, el embajador de Felipe II en la ciudad de los canales, Diego Guzmán de Silva, señalaba con orgullo el júbilo popular y la devoción de los venecianos hacia el rey en una de las primeras misivas dirigida a la corte tras la victoria, «por las calles y casas no se decía otra cosa a voces sino Viva el Rey Phelippo Catholico». Unos días más tarde, el mismo diplomático detallaba la ceremonia oficial del triunfo, o sea un ostentoso desfile de las autoridades republicanas en los alrededores de la plaza de San Marcos: «gran número de senadores vestidos con ropas largas de terciopelo, raso, y damasco carmesí conforme a su costumbre, y orden; más por la devoción y demostración grandísima de Religión acompañada con la autoridad de las canas y lágrimas y de la novedad de las obras, cosa no vista jamás en esta República».

Fiestas solemnes y procesiones religiosas se celebraron incluso en América, donde la noticia de la victoria contra el Gran Turco llegó en el invierno de 1572. En Nueva España, Felipe II mandó una orden perentoria a la administración colonial para que organizase una ceremonia del triunfo ante los ojos de criollos, mestizos e indígenas, quizá los más abrumados ante tales espectáculos. Durante toda la mañana, una compañía artística representó un aparatoso simulacro de la batalla naval gracias a la topografía de la enorme capital, mientras, a continuación, unos actores interpretaron un drama teatral, titulado *Lepanto*, sobre las tablas del escenario. En los años siguientes, la congregación del Santo Rosario celebró la derrota del sultán cada primer domingo de octubre en su iglesia que se situaba en el corazón de la ciudad mexicana.

La debacle de los turco-berberiscos en el mar Mediterráneo simbolizó un cambio de tendencia tan relevante en la coyuntura política del momento que los enemigos cristianos de Felipe II se vieron obligados a loar, en público, la victoria. En Londres, por ejemplo,

el embajador del rey, Guerau de Espés, que por cierto era un enemigo declarado de Isabel I, le comunicó rápidamente la noticia a la soberana anglicana. Ante una información de tal calado, la reina virgen tuvo que organizar fiestas en honor del triunfo contra los infieles mahometanos. Más tarde, Felipe II escribió a don Diego Guzmán de Silva, quien había vivido cuatro años en la capital del Támesis. En dicha carta, el monarca comentaba con sarcasmo e ironía la reacción de Isabel que «hizo hazer alegrías públicas, la qual le aurá hecho caer las orejas y pensamientos como se les han caydo a los franceses».

Entonces, gracias a la red diplomática tanto hispánica como veneciana, la noticia de la batalla se extendió como la pólvora por toda la cristiandad, donde se hicieron manifestaciones devocionales y celebraciones públicas, aunque en ocasiones se organizaran con muy pocas ganas, en particular en las urbes de las regiones protestantes. Sin embargo, en Constantinopla, el sultán intentó frenar cualquier filtración en torno a la batalla de Lepanto para que la noticia del fracaso militar no se difundiese por los cuatro rincones del Imperio otomano; según los avisos enviados por los espías en Levante: «el Turco a hecho bando que a pena de ser empalado ninguno sea osado hablar de la perdida de la armada». No obstante la inquietante amenaza del empalamiento, la voz del desastre bélico se extendió veloz por las callejuelas y plazas de un lugar tan heterogéneo y poblado como la capital del Bósforo en el siglo XVI.

A pesar del *leitmotiv* artístico-literario y de las proclamas inmediatas, la firma de una alianza general contra el Imperio otomano fue el resultado de un largo y contradictorio proceso, que finalizó solo después de una compleja negociación, en la cual intervinieron los personajes más influyentes de la diplomacia europea. Asimismo, en cada momento, la sombra de la desconfianza flotó sobre la relación entre los aliados, e inclusive dentro del mismo bando hispánico. A la postre, la coalición militar no resistió más que un par de veranos, cuando Venecia decidió abandonar la Liga Santa para estipular una nueva paz con el sultán de Constantinopla.

CAPÍTULO 3

REUNIÓN EN MESINA. ORGANIZACIÓN, LOGÍSTICA Y PLANES DE LA LIGA SANTA

MIGUEL ÁNGEL DE BUNES IBARRA

La consecución del acuerdo de la Liga Santa, concluido en Roma el 25 de mayo y recibido en Madrid por Felipe II el 6 de junio de 1571, inicia una de las operaciones logísticas y militares más complejas del siglo XVI. Había que reunir en el puerto de Mesina una armada formada por escuadras absolutamente heterogéneas que se encontraban dispersas por todo el Mediterráneo, tanto occidental como oriental. Además, era necesario embarcar un elevado contingente de infantería que se hallaba enclavado en diferentes lugares de España, Italia y Creta y que, en muchas ocasiones, debía ser reclutado partiendo de cero para poder integrar las tropas requeridas para un combate naval entre galeras y otros buques planos. El éxito cristiano en Lepanto debe atribuirse, además de a los soldados y los marinos que lo lograron, a los contadores, intendentes y encargados de las diferentes escuadras que consiguieron cuadrar el complejo cometido de aprestar navíos, pertrechos y hombres en un único punto en un tiempo bastante reducido.

La organización de tres armadas dirigidas por comandantes de edades diferentes y de caracteres contrapuestos era una empresa de tal magnitud organizativa que, en la actualidad, resulta muy difícil de calibrar si no atendemos a que las noticias tardaban semanas en llegar de un lugar a otro, lo que significa que todo se retrasaba y ralentizaba. Por referir un único ejemplo que explica a la perfección este tema basta con anotar que la victoria que se logró el 7 de octubre se conoció, sin recibir excesivas explicaciones acerca de los acontecimientos sucedidos en el campo de batalla, en Venecia el día 19 de octubre, el 23 en Roma y el 31 en Madrid. Coordinar cientos de naves, miles de hombres y todos los pertrechos necesarios es un esfuerzo en el que hay que detenerse para ponderar la profesionalidad de los hombres encargados de la logística militar que consiguieron poner en orden de batalla a más de dos centenares de galeras.

Desde el inicio de la primavera de 1571, con anterioridad a lograr la firma, Felipe II había ordenado preparar nuevas galeras y alistar soldados para dirigirse a Italia en el verano y empezar las operaciones contra los otomanos. Pío V también había mandado aprestar todo lo necesario para que sus galeras salieran de nuevo a la mar bajo el mando de Marco Antonio Colonna. Por lo tanto, los pre-

parativos estaban ya en marcha cuando se conoció oficialmente la conclusión del acuerdo con los venecianos y el pontífice. Durante 1570 y 1571 las atarazanas de Barcelona, Génova y Nápoles construyeron varias naves para reforzar las diferentes escuadras de galeras controladas directamente por el Rey Prudente. En teoría, en los astilleros de Sicilia también estaban trabajando los carpinteros de ribera y los calafates para terminar las embarcaciones requeridas, aunque no lograron acabar a tiempo los encargos que tenían por razones diversas, de modo que ningún navío nuevo procedente de esta isla participó en la batalla.

Durante las complejas y duras negociaciones para lograr la constitución de la Liga Santa, el cardenal Granvela refirió que Felipe II solo podría aportar 70 galeras, lo que conllevó las protestas y quejas de los delegados venecianos al afirmar que su contribución sería muy superior a la del bando hispano. El esfuerzo por parte del monarca Habsburgo durante estos años fue encomiable, pues demostró una enorme generosidad, con independencia de la falta de reconocimiento de la Señoría. Para mostrar la veracidad de esta afirmación basta recordar que en la jornada del año anterior, para la empresa en Levante de 1570, el rey hispano había enviado 47 naves al mando de Doria, número que casi se duplicó unos meses después al liberarse los navíos que estaban combatiendo en la Guerra de las Alpujarras, tras realizar una activa política para reclutar y alquilar las escuadras de príncipes y potentados italianos, además de los nuevos barcos que se estaban construyendo en las atarazanas de la monarquía. Aunque la disposición del monarca hispano para cumplir lo acordado con sus nuevos aliados era sincera, como manifiesta la correspondencia que sale de su chancillería, sin embargo, la exasperante lentitud fue la tónica general en todas las fases de los preparativos de ese año. Al final de la fase de preparación, las armadas españolas lograron cumplir con lo pactado al alcanzar el número de 90 embarcaciones financiadas directamente por Felipe II. El retraso en la partida y el viaje de las naves hispanas generaron una gran cantidad de críticas y tensiones entre los aliados, lo que revelaba las enormes dificultades para armonizar a príncipes con intereses tan contrapuestos, además de que en todos sus tratos subyacen enfrentamientos personales muy evidentes y perceptibles.

CAPÍTULO 4

LA ARMADA OTOMANA: DE LA CONQUISTA DE CHIPRE A LA BATALLA DE LEPANTO

ÍDRIS BOSTAN

La batalla naval de Lepanto/İnebahtı, también conocida como «la batalla de la armada derrotada» en la literatura otomana, se acepta como el primer conflicto importante en la historia naval turca que resultó en una derrota y en la pérdida de la flota. Por esta razón, la más influyente de las contiendas navales otomanas, en cuanto a sus resultados, fue esta famosa batalla que tuvo lugar entre la armada aliada de la Liga Santa y la turca el 7 de octubre de 1571, cerca de la isla de Oxia, frente al golfo de Lepanto. Sería incompleto considerarla solo como una «batalla naval tecnológica y estratégica» sin tener en cuenta los hechos que la desencadenaron y con qué eventos relacionados se desarrolló. Por lo tanto, es necesario examinar con cuidado cómo se desarrolló el camino hacia la contienda, así como considerar también la precedente batalla naval de Préveza (1538). Después de esta, la expansión del Imperio otomano se dirigió paulatinamente hacia el Mediterráneo occidental, formándose en el proceso un espacio que se puede denominar el *Mediterráneo otomano*. Los turcos se

instalaron en el norte de África con la conquista de Trípoli en 1551 y reforzaron su posición frente a España con la victoria en la batalla de Los Gelves en 1560.

La armada y los corsarios otomanos realizaban frecuentes incursiones en costas españolas e italianas como las de Sicilia, Cerdeña, Mallorca y Menorca. El asedio de Malta de 1565, aunque terminó en fracaso, representó una amenaza significativa para las posesiones españolas en el Mediterráneo. Después de Malta, el interés otomano se dirigió hacia otro objetivo estratégicamente más urgente e importante en el Mediterráneo: Chipre.

La expedición a Chipre conllevó durante los tres años siguientes la preparación de nuevas armadas, cada una superior a las anteriores, y fue el desencadenante de la batalla de Lepanto. Los otomanos, aparte de la flota que prepararon para la expedición de Chipre en 1570, también organizaron armadas para la expedición de Lepanto en 1571 y las expediciones de seguridad en el Mediterráneo en 1572.

CAPÍTULO 5

LA LUCHA EN EL CENTRO: DON JUAN CONTRA ALÍ PACHÁ

AGUSTÍN RAMÓN RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

En ambas flotas se tocaron tambores, trompetas, pífanos, chirimías y otros instrumentos y se alzó un gran griterío, hecho tanto para amilanar al contrario como para liberar la propia angustia de cada combatiente, al mismo tiempo que se engalanaban con toda clase de banderas y gallardetes.

Pero mientras las galeras cristianas bogaban lentamente, cuidando de su alineación y de no romper la formación, la línea turca, ahora con la mar y el viento contrarios, remó con rapidez para lanzarse contra aquellos atrevidos que venían a desafiarlos en su propio fondeadero.

En su Real, don Juan de Austria quiso hacer un último gesto para elevar la moral de sus tropas y marineros: cuando aún el enemigo estaba distante, inició el baile de una «gallarda» con dos de sus oficiales, armado con su fastuosa

armadura pero sin el yelmo, para que todos pudieran ver que el jefe de la flota de la Liga Santa no temía al enemigo.

A todo esto, la línea otomana se puso al alcance de tiro de las galeazas del centro y ala izquierda cristianas, y los pesados cañones tronaron, iniciando el combate. Como se recordará, las galeazas, a diferencia de las galeras, eran poderosos y grandes buques mixtos de vela y remo, dotados de alrededor de una treintena de piezas de artillería cada una, muchas de ellas de gran calibre, en especial a proa. El efecto de las andanadas sobre la aglomerada formación turca se dejó notar: una de las balas pasó por encima de la cabeza del propio Alí Pachá y rompió el rico fanal de su galera, como sabemos distintivo de mando, pulverizándolo, lo que se tomó por mal augurio. En otra, un pesado proyectil enfiló el corredor de crujía, el pasillo

que recorría la galera desde la arrumbada a proa hasta la carroza a popa, sembrando la muerte a su paso. Varias galeras quedaron averiadas y una o dos empezaron a sumergirse por impactos en la flotación.

Por un momento la línea turca quedó titubeante ante aquellos monstruos que vomitaban fuego de tal manera, pues aparte de sus cañones, las galeazas tenían sus dotaciones especialmente reforzadas con arcabuceros, lo que les proporcionaba una potencia de fuego impresionante, además de que sus altos cascos impedían o dificultaban el abordaje desde las mucho más bajas galeras. ¿Qué podían hacer entonces? Si se contendía con aquel enemigo

inesperado, la formación se rompería con poco fruto y la línea cristiana caería correctamente formada sobre las galeras turcas, desorganizadas y arremolinadas en torno de las galeazas. Pero Alí Pachá reaccionó como debía: la única solución era forzar la boga y dejar atrás a las galeazas, ya se las verían con aquellos monstruos pesados y casi inmóviles cuando acabaran con las galeras cristianas. Por consiguiente, el centro y la derecha otomanos se fraccionaron para sortearlas y fueron a chocar contra la línea cristiana. El ala izquierda turca no tuvo ese problema, pues el movimiento de flanqueo hacia el sur de Uluj Alí dejó retrasadas y, por tanto, inútiles, a las dos galeazas destacadas con Doria.

CAPÍTULO 6

LA LUCHA EN EL CUERNO IZQUIERDO: BARBARIGO Y QUERINI CONTRA ŞULUK MEHMED PACHÁ

GUIDO CANDIANI



El ala izquierda de los aliados, a la que, en el contexto del esfuerzo por mejorar el mando y coordinación de la flota, se le había asignado como enseña la bandera amarilla, estaba encabezada por el superintendente general del mar Agostino Barbarigo (1516-1571). Este, aunque pertenecía a una familia de tradición marinera, no tenía experiencia en este ámbito, pues había destacado sobre todo por su carrera administrativa y diplomática, en particular por haber sido embajador en Francia y España. El verdadero experto en el ámbito naval era el superintendente de la Armada Marco Querini (1515-1577), que sí tenía una larga experiencia en el mar. Después de haber sido elegido comandante de una galera de la flota permanente en 1551, ya había actuado contra los piratas berberiscos en los años cincuenta y principios de los sesenta. En 1567, como capitán del Golfo, había asumido el mando de la escuadra que operaba de forma permanente en el Adriático, donde también se enfrentó a los berberiscos. En el primer año de la guerra de Chipre había dirigido una escuadra de 22 galeras en las aguas de Mani, la región meridional del Peloponeso que siempre había sido un foco de resistencia antiotomana. Tras convertirse en superintendente general de la Armada en 1571, logró llevar hasta Famagusta 4 grandes barcos con ayuda para esta plaza asediada, capturando durante la operación 5 galeotas y 2 mahonas (una especie de galera grande) otomanas. Después

condujo hasta Mesina 60 galeras armadas en Creta para unirse al resto de fuerzas de la Liga. También era un experto marino el otro superintendente general de la Armada (y tercer *capo da mar* del ala izquierda), Antonio da Canal. Un poco más joven que Querini (había nacido en 1521), Canal pertenecía a su vez a una familia de tradición naval (su padre, Girolamo, había sido también superintendente de la Armada), y en 1538 había combatido en Préveza. Al año siguiente fue hecho prisionero en la misma galera que comandaba por el célebre corsario Dragut a causa de un incidente técnico, si bien fue liberado un año después. El encarcelamiento quizá explique

el hecho de que en 1558 animó al capitán del Golfo Pandolfo Contarini a atacar a algunos piratas berberiscos en el puerto de Durazzo, lo que provocó un serio incidente diplomático con la Puerta. La década de los sesenta todavía vio sus esfuerzos en la lucha contra los corsarios. Cuando comenzó la guerra de Chipre se dedicó a la defensa de Creta y en el verano de 1571 ayudó a Querini a llevar hasta Mesina las galeras armadas en la isla. Según el orden de batalla, Canal flanqueaba (a la derecha) a Barbarigo en el extremo izquierdo, contra el continente griego, mientras que, en el lado opuesto, Querini ocupaba el extremo derecho del ala izquierda.

CAPÍTULO 7

LA LUCHA EN EL CUERNO DERECHO: GIAN ANDREA DORIA CONTRA ULUJ ALÍ

ÀLEX CLARAMUNT SOTO

Si en algún momento el desenlace de la batalla de Lepanto estuvo en entredicho, este fue cuando el ala izquierda otomana, al mando del bey de Argel, el corsario Uluj Alí, aventajó con una audaz maniobra a la derecha cristiana, capitaneada por el genovés Gian Andrea Doria, y se abatió contra la retaguardia del centro enemigo. No es casual que la mayoría de las pérdidas de la armada de la Liga Santa se produjeran en este sector del campo de batalla, donde la acción de los buques turcos brilló por su peligrosidad y su coordinación, aunque a la postre resultó insuficiente para equilibrar la balanza. La intervención de las naves del centro y la reserva cristianas decantó la balanza en el sector; neutralizadas las amenazas en los restantes focos del enfrentamiento, y rubricó la victoria de la coalición con la persecución y captura de parte de las naves turcas supervivientes.

En el combate entre el flanco derecho cristiano y el izquierdo turco adquirieron un protagonismo singular los hombres a cargo de sendas formaciones: Gian Andrea Doria y Uluj Alí. Los dos eran experimentados marinos, pese a lo cual sus trayectorias vitales no pueden revelarse más distintas. Heredero de un verdadero imperio naval el genovés, esclavo el corsario, ambos desplegaron todo su ingenio en la campaña de Lepanto y en la ulterior batalla. Del turco dejó una detallada semblanza Miguel de Cervantes en el *Quijote*:

La batalla de Lepanto (1572). Grabado de Martino Rota (1520-1583). Newberry Library, Chicago.

El Uchalí, al cual llamaban Uchalí Fartax, que quiere decir en lengua turquesca «el renegado tiñoso» [...]; bogó el remo, siendo esclavo del Gran Señor, catorce años, y a más de los treinta y cuatro de su edad renegó, de despecho de que un turco, estando al remo, le dio un bofetón, y por poderse vengar dejó su fe; y fue tanto su valor, que, sin subir por los torpes medios y caminos que los más privados del Gran Turco suben, vino a ser rey de Argel, y después a ser general de la mar.

[...] El mando del ala derecha cristiana recayó sobre otro experimentado hombre de mar, Gian Andrea Doria, sobrino-nieto y heredero del gran almirante de Carlos V, Andrea Doria. La relación entre el genovés y



la Corona española era en primer lugar contractual, dado que era dueño de los buques que comandaba, una circunstancia que siempre lo llevó a actuar con prudencia para no arriesgar en vano su capital. Su proceder en la jornada de Los Gelves (1560) resultó polémica, puesto que «se retiró pronunciando la frase: que era mejor un *bel fuggire che un bravo combattere e perdersi a fatto*, es decir, una «buena huida que librar un combate valeroso y perderse». Por otro lado, el aventurero francés Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme, que sirvió a sus órdenes, dejó de él

una opinión positiva en sus *Vies des hommes illustres et grands capitaines étrangers*: «digno sucesor del valor, bienes y virtudes de Andrea Doria, su tío; era muy bravo, valiente y brusco; jamás rehusó el combate como lo he oído decir muchos de sus capitanes, soldados y marineros, y tomó en fin el Peñón de los Vélez en Berbería, que es una fortaleza inexpugnable». Su coraje individual lo atestiguó el veterano marino García de Toledo, que en su relación al rey sobre la toma del peñón escribió que el genovés actuó «con harto peligro que no lo matasen».

CAPÍTULO 8

LA RECONSTRUCCIÓN DE LA ARMADA OTOMANA

ÍDRIS BOSTAN

El sultán Selim II se enteró oficialmente del resultado de la batalla de Lepanto en Edirne, el 23 de octubre de 1571 (3 *cemâziyelâhir* 979), gracias a una carta enviada por un hombre de Uluj Alí. Justo después del aviso de este, llegó la carta de Pertev Pachá que describía el desarrollo y el destino del enfrentamiento. Es probable que la información de que la flota había sido derrotada hubiera llegado también a través de avisos informales mediante el boca a boca.

Tras la noticia de la derrota, en el diván otomano se tomaron de modo urgente decisiones importantes sobre dos asuntos. Una de ellas fue tomar medidas en el mar respecto a la armada existente y en tierra respecto a los ejércitos previamente enviados a Rumelia para evitar que la armada enemiga, que aún navegaba por la zona, atacara las fortalezas indefensas del Adriático, Morea y el Egeo. La otra decisión fue construir una nueva armada en las atarazanas imperiales y otros astilleros, para lo cual se enviaron edictos a las personas pertinentes.

Como primera precaución, se pidió al *serdar* y visir Ahmed Pachá y al visir Huseín Pachá, gobernador general de Rumelia, que tomaran las medidas de protección necesarias en tierra. Asimismo, se pidió al gobernador general de Argel, Uluj Alí, y al gobernador de Rodas, que hicieran lo mismo en el mar. Se les solicitó que garantizaran la seguridad de todos los castillos de las costas de Morea y el Adriático. Si iba a ser difícil mantener los castillos de Antivari y Dulcigno, se les pidió que demolieran las fortalezas y que llevaran las

armas y munición que había en ellos a otros castillos. Para construir los navíos requeridos y renovar la armada imperial, se inició una actividad de construcción naval en todas las atarazanas y astilleros de las costas del mar Negro, el Mármara y el Mediterráneo, en especial en la atarazana imperial en Estambul.

La élite gobernante del Imperio otomano se sorprendió muchísimo al enterarse de su derrota en Lepanto. Aun así, en la correspondencia oficial del diván, se hacía hincapié en que el resultado dependía de la justicia divina y se utilizaban expresiones que indicaban que el desenlace de las batallas podía cambiar y que Dios, en determinado momento, podía permitir que ganaran los rivales. En otras palabras, tuvieron que reconocer que no siempre serían ellos los vencedores, que algunas veces serían las fuerzas enemigas. Destacaron que la derrota era por voluntad y discreción de Alá y, por tanto, no culparon a nadie de forma abierta. Sin embargo, vemos que los historiadores de la época hicieron algunos análisis para identificar los motivos de la derrota. Selânikî declaró que al encadenar y apresar Pertev Pachá a los venecianos de Antivari y Dulcigno, había provocado el incumplimiento de la promesa que Ahmed Pachá les había hecho de que se les liberaría y se les llevaría a donde quisieran a cambio de que dejaran los castillos por voluntad propia, atrayendo, en consecuencia, la maldición del pueblo que había sido víctima en esta guerra. Además, la derrota demostró que la manera de vivir de los soldados del islam se había deteriorado, que habían pecado al

dejarse persuadir por los placeres mundanos y que los comandantes fueron derrotados debido a sus propias ambiciones al conducir erróneamente la contienda. Selânikî afirma, también, que Selim II estaba muy molesto y preocupado a causa de la derrota de la flota, y, para encontrar consuelo, se reunió con el *nakibüleşraf* de la época, figura religiosa y santa, el cual complació al sultán diciéndole que debía demostrar su fuerza al mundo construyendo una nueva armada tan grande como la perdida. El historiador Gelibolulu Âlî, por otro lado, afirmó que no había ocurrido tal desgracia desde que existía el mundo y desde que el profeta Noé había construido el primer barco. Gelibolulu Âlî escribe que un jeque importante de la época al que visitó le dijo que Alá todopoderoso era no solo el creador de

los musulmanes, sino también el sustento de todo lo creado. Asimismo, el jeque expresó su opinión sobre las razones aparentes que los había llevado a perder la batalla. El motivo principal había sido el injustificado coraje del almirante Müezzinzâde Alí Pachá. Aunque era obvio que le habían reconocido a causa de las tres linternas que portaba su galera, también es verdad que entró en lid en persona antes que nadie y se colocó entre las galeras y mahonas enemigas realizando un alarde innecesario. De hecho, por esta razón perdió la vida y provocó que se perdiera la flota. También era imposible que la armada saliera victoriosa, pues zarpó demasiado temprano y los remeros que habían sido reclutados por la fuerza en Galípoli habían padecido intensos esfuerzos y se encontraban exhaustos.

CAPÍTULO 9

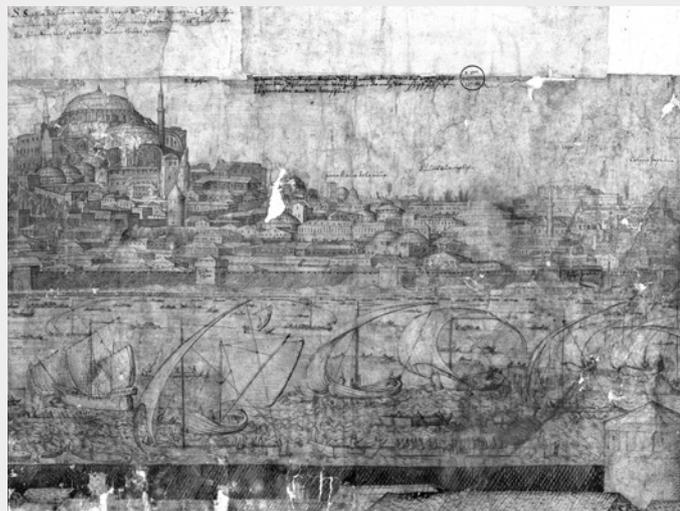
REPERCUSIONES Y CONSECUENCIAS DE LA BATALLA DE LEPANTO

HÜSEYİN SERDAR TABAKOĞLU

Después de la campaña otomana de Túnez de 1574, la rivalidad hispano-otomana perdió fuelle y Felipe II decidió reducir el tamaño de la flota de galeras española en 1576. Aunque no se esperaba que la armada otomana se hiciera a la mar ese verano, la decisión se pospuso hasta el fin de la estación. La armada española, que había llegado a tener un máximo de 146 galeras, se contrajo primero a 102 al acabar ese año, y luego todavía más en las décadas de 1580 y 1590. En 1598 la flota contaba con 73 galeras, cifra que fue bajando hasta 65 en 1613. Para compensar la reducción de la armada real, España recurrió a contra-

tistas privados y a corsarios cristianos como los caballeros de San Juan. Felipe II, que deseaba retirarse del frente mediterráneo para centrarse en los otros problemas de su imperio, decidió iniciar negociaciones con los otomanos, para lo que envió a Martín de Acuña a Estambul en 1577. Este, cuya misión principal era sentar las bases para las negociaciones de paz, obtuvo del gran visir Sokollu Mehmed Pachá la promesa de no sacar la flota otomana ese verano. Al año siguiente, Giovanni Margliani, que continuó la misión iniciada por Acuña, firmó con éxito, el 7 de febrero de 1578, una tregua hispano-otomana que prácticamente dio fin a las acciones navales a gran escala en el Mediterráneo.

Para terminar, Felipe II, después de firmar la tregua con los otomanos, abandonó la aspiración estratégica de convertirse en la potencia marítima dominante, que le exigía enormes recursos, y adoptó una nueva política mediterránea basada en un planteamiento defensivo que protegiera los intereses españoles con el mínimo esfuerzo. Esta nueva estrategia se centraba en la seguridad del Mediterráneo occidental, un área que junto con el estrecho de Gibraltar era vital para los intereses hispanos en el Atlántico. Con este



Vista panorámica de Constantinopla, fragmento (1559). Dibujo de Melchior Lorck (1527-después de 1583), Universiteit Leiden, Países Bajos.

fin, la Monarquía Hispánica intentó mantener a los otomanos alejados del Mediterráneo occidental, poniendo especial atención en evitar la expansión de su influencia hacia Marruecos. Por otro lado, las campañas de la Liga Santa de 1571 y 1572 aumentaron en alto grado la confianza de los españoles en sus propias capacidades a la hora de planificar y organizar grandes operaciones militares. La victoria de Lepanto les hizo ver que eran capaces de superar los complicados

problemas logísticos de una campaña de aquellas dimensiones. Esta confianza les permitiría, más tarde, plantearse el emprendimiento de operaciones similares en el Atlántico. Como vemos, la batalla de Lepanto tuvo un efecto profundo en los españoles, tanto en un sentido de superioridad moral como de autoconfianza, y, si estudiamos la posterior estrategia hispana hacia el Atlántico, podemos afirmar que Lepanto abrió el camino a la campaña de la armada de 1588.

CAPÍTULO 10

«EL SANGRIENTO DESTROZO Y CRUDAS MUERTES». GLORIA Y MISERIA EN LA POESÍA DE LEPANTO

LARA VILÀ

La cristiandad se había por fin unido contra la amenaza turca, una unidad por la que muchas voces hacía tiempo que clamaban, y el triunfo permitía vislumbrar un futuro esperanzador. El músculo militar exhibido por los dos bandos, la brutalidad y la fiereza del combate, el número de bajas y las cifras del botín se concretaron en un gran despliegue celebrador de los valores cristianos que encarnaba la alianza entre el papado, Venecia y la Monarquía Hispánica. En el terreno literario, uno de los géneros que más tinta dedicó al triunfo fue la poesía épica, en la que leemos encendidos versos sobre la batalla y enardecidos elogios a los héroes victoriosos. El vínculo del género con la historia, en especial con la relativa a los hechos bélicos, su pertenencia a una larga y venerable tradición literaria y la actualidad del debate teórico sobre su naturaleza y fines encontraron en esta victoria una feliz coincidencia. Ello se tradujo en la publicación de diversos poemas que ofrecían un relato pormenorizado de la batalla y, en algunos casos, de la campaña de Chipre que la había precedido. Los poetas españoles coinciden en ofrecer una imagen triunfal en apariencia hegemónica, que gira en torno a la heroica figura de don Juan de Austria, saludado como hijo del emperador Carlos y brazo ejecutor de los designios de su hermano. En este sentido, la escritura épica evidencia una relación determinada con el poder presentándose como una forma de servicio que, en el caso de los veteranos, prolongaba el prestado con las armas.

El elogio conforma pues la lectura más inmediata de estas obras, en consonancia con los dictados de una tra-

dición que, desde Virgilio, había entendido la épica como una forma embellecida del discurso histórico cuyo fin era el ennoblecimiento de la materia tratada. Pero, de acuerdo con la idea de servicio, podemos reconstruir a través de los textos la voz poética de unos hombres que buscaron un reconocimiento personal por medio de las letras, que obraron no pocas veces de forma interesada o que compitieron con sus rivales en la lid poética, cuando no concurrieron todas estas circunstancias. Muchos de ellos, además, habían conocido la dureza del enfrentamiento y habían visto la muerte muy de cerca, por lo que no dudaron en trasladar una imagen cruda y luctuosa de la guerra, que afectaba por igual a vencedores y vencidos. En sus versos celebran al rey, a los héroes de la patria y la victoria lograda por la unidad cristiana a la vez que, al testimoniar los sinsabores que entraña el ejercicio de las armas, reconstruimos un escenario más doloroso, en el que priman la muerte y la pérdida, la crueldad y la injusticia. El tono doliente con que describen los horrores de la guerra o el sufrimiento personal que arrostran algunos de los protagonistas de la campaña puede llegar incluso a traducirse en una visión empática de un enemigo que, en algunos casos, es más que un bárbaro o un pagano sin rostro ni personalidad. La cara y la cruz del hecho bélico, la gloria y la miseria, hallan acomodo en los versos sobre Lepanto. En ellos, los poetas trasladan una idea más realista de la batalla que en nada mengua su naturaleza heroica y abren sus obras a lecturas ambivalentes, que matizan o cuestionan la más claramente propagandística.



La batalla de Lepanto de Giorgio Vasari, Sala Regia del Vaticano. Este fresco muestra las flotas cristiana y otomana dispuestas en buen orden para el combate, la primera con las galeazas venecianas en vanguardia y los gallardetes de las galeras de color verde, azul, amarillo y blanco en función de la escuadra. En primer plano, a la izquierda, aparecen tres figuras alegóricas que representan a las tres potencias cristianas aliadas, y, a la derecha, la muerte en forma de esqueleto, que aterroriza a los enemigos.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

